

favores.... á aquellos que.... que menos los merecen! ¡Temerario é insolente rústico! Y es esta la recompensa de tu locura!

—¡Vete! dijo Filemon, no encontrándose en aquel momento con ánimo de renovar sus relaciones con el porterillo. Pero el encargado de custodiar los quitasoles tenia bien echada la garra á la piel de cordero.

—¡Loco! ¡Hipatia, la misma Hipatia te envia á llamar! ¡Sí, la vas á ver, vas á hablar con ella, mientras que yo.... yo, el iluminado.... yo, el obediente.... yo, el adorador.... que hace tres años me estoy arrastrando en el arroyo á fin de que la orla de su vestido toque la punta de mi dedo mas pequeño.... yo.... yo.... yo....

—¿Qué quieres, loco?

—¡Ella te llama, miserable, insensato! Teon me ha enviado.... á mí, que apenas puedo respirar á causa de la carrera y de la envidia.... ¡Vé, favorito de los injustos dioses!

—¿Quién es Teon?

—¡Su padre, ignorante! El me envia á decirte que vayas á casa de Hipatia.... á su casa.... aquí.... enfrente.... mañana

á las tres.... ¡Oye y obedece!.... Pero están saliendo del Museo y todos los quitasoles van á trocarse. ¡Ay, desdichado de mí!

Y el pobre porterillo retrocedió apresuradamente; mientras que Filemon, flotando entre el temor y el deseo, no cesó de correr en todo el camino que conducia al Serapeo, sin cuidarse de carruajes, de elefantes, ni de las personas que iban á pié; y despues de haber sido derribado en tierra por un insolente portero, y de haber dejado un pedazo de su piel de cordero entre los dientes de un camello furioso, sin tener tiempo para vengar ninguno de estos insultos, llegó á casa del arzobispo, tropezó en la puerta con Pedro, y pidió temblando una audiencia á Cirilo.

CAPITULO XI.

EL ARCO ROTO.

Cirilo oyó la narracion de Filemon, y el mensaje dirigido á éste por Hipatia con tranquila sonrisa, y en seguida des-

pidió al jóven, encargándole trabajo para aquella tarde en la ciudad, y previéndole no dijese palabra de lo que habiapasado, y que volviese por la noche á recibir sus órdenes, pues ya habria tenido tiempo de reflexionar sobre el asunto. Filemon salió, pues, con sus compañeros y recorrió calles asquerosas por efecto de la porquería y la pobreza, hijas de la ociosidad obligada y del crimen. Terriblemente real y práctico era todo aquello; pero él lo veía confuso, como si estuviese soñando. Ante sus ojos brillaba siempre un semblante; en sus oídos sonaba una voz argentina. . . . "Es un fraile, y no sabe mas. . . ." ¡Es cierto! ¿Y cómo sabria mas? ¿Podia él decir lo mas que habia que saber en aquel grande y nuevo universo, habiendo pasado hasta allí la vida metido en una de sus mas estrechas grietas? No conocia mas que un solo lado de las cosas. ¿Y si estas contasen dos? ¿No tenia derecho. . . . es decir, no era propio, bueno, prudente oír á las dos partes, y luego juzgar?

Quizá Cirilo no anduvo acertado en enviar al jóven á practicar actos de beneficencia sin prescribirle antes su de-

ber respecto á la invitacion de Hipatia. No habia calculado los nuevos pensamientos que atormentaban á Filemon; y tal vez fueran ininteligibles para él, si los conociese. Educado bajo las reglas del mas severo dogma, en los vastos establecimientos monásticos de Nitria, que eran en sí mismos un mundo de produccion industrial, no menos que de ejercicio religioso, y acostumbraban á los frailes, por su aproximacion á la gran ciudad, á aquel mundo, objeto de su desprecio; envuelto desde la niñez en las intrigas de su altivo y ambicioso tio Teófilo, Cirilo le habia sucedido en el patriarcado de Alejandría sin haber experimentado nunca el veneno de la duda; y podia, sin el menor eserúpulo, emplear su terrible energia y su claro entendimiento en la causa de la Iglesia. ¿Cómo simpatizaría, pues, con el pobre jóven de veinte años, arrancado de improviso de la tranquila y sombría caverna de los Lauros, y arrojado en medio del tumulto y del brillo deslumbrador del mundo? Tambien él se habia criado en el cláustro; pero la vida ocupada de Nitria, sin descanso, sin sencillez, sin afectos humanos, era diametralmente

opuesta al gobierno de las distantes y pobres comunidades de cenobitas, que meditaban en los solitarios valles que se internan en el corazon de los desiertos de la Nubia. Allí Filemon habia encontrado en un venerable anciano la simpatía de una madre y el cuidado de un padre, y ahora necesitaba el estímulo de una voz apacible, la mirada benévola de un amigo, y estaba solo y con el corazon enfermo. . . . Y entretanto la voz de Hipatia asediaba incesantemente sus oídos, como un torrente de armonía. . . . Aquel alto entusiasmo, tan dulce y modesto en su grandeza; aquel tono de piedad (pues en una persona tan amable no podia llamarse desprecio) con que se dirigia al mayor número; aquel delicioso fantasma de ser un entendimiento escogido. . . . diverso de la multitud. . . . “¿Y soy yo enteramente como la multitud?” dijo para sí Filemon, mientras se sentia vacilar bajo el peso de un enfermo que llevaba acuestas. “¿No puede encontrarse para mí un trabajo mas á propósito que este, que cualquier mozo de carga del muelle es capaz de desempeñar tan bien como yo? ¿La tarea en que me ocupo, no habrá

deteriorado algo mis facultades? ¿No tengo entendimiento, gusto, razon? Yo pudiera apreciar lo que ella decia. ¿Por qué mis facultades no han de ser educadas? ¿Por qué la ciencia ha de estar vedada para mí únicamente? Háy una gnosis cristiana como la hay pagana. Lo que fué permitido á Clemente (é iba á nombrar á Orígenes, pero se detuvo al borde de la heregía) debe serlo tambien á mí. ¿Mi ánsia de saber no es señal de que existe en mí la capacidad de la ciencia? Seguramente mi esfera es el estudio mas bien que la calle.

Y entonces sus compañeros (no podia menos de confesarlo) empezaron á ser menos venerables á sus ojos. Por mas que se empeñase en olvidar las censuras del anciano eclesiástico, tenia el hecho ante sí. Aquellos hombres eran groseros, feroces, turbulentos. . . . ¡tan diferentes de ella! Sus conversaciones parecian mera charla, y algunas hasta escandalosas; las mas encerraban malos juicios, versando por lo regular sobre la ambicion particular de este hombre ó sobre la orgullosa mirada de aquella muger; ocupándose en si fulano habia asistido á la Eucaristía el domingo an-

terior, ó si zutano habia salido despues del sermon; y murmurando de los que se habian quedado y de los que se habian marchado. . . . Sospechas sin fin, burlas, quejas. . . . ¿Cómo habian de cuidarse de la eterna gloria y de la vision beatífica? El pobre jóven, sintiendo avivarse su facultad de censurar con la influencia de las censuras de los demas, creia ver, bajo las humildes frases en que hablaban de sus obras de amor y de la recompensa futura de sus presentes humillaciones, un profundo y mal encubierto orgullo, una fé en su propia infalibilidad, una intolerancia despreciativa de todos los hombres, por venerables que fuesen, si disentían de su partido en la cosa mas ligera. Hablaban con desden de las tendencias de Agustin á latinizar, y execraban abiertamente á Crisóstomo, como el mas vil é impío de los cismáticos. Pero, cuando al hablar de guerras y desolaciones pasadas y futuras, no les oia una palabra de lástima hácia las víctimas; cuando últimamente, á la sola mencion de Orestes y de Hipatia, como su consejera, habian prorrumpido en imprecaciones, llamando sobre ellos la mal-

dicion de Dios, Filemon se estremeció, preguntandose á sí mismo involuntariamente, si eran aquellos los ministros del Evangelio; si eran aquellos los frutos del Espiritu de Cristo. . . .

Esta pregunta formaba un eco débil, lejano, semejante al ruido sordo, precursor del terremoto; y sin embargo habia abierto, como aquel en el suelo, una grieta en su creencia, en su esperanza, en el recuerdo de su ser, una hendidura del grueso de un cabello. . . . Solo del grueso de un cabello, pero bastaba con esto para que todo su mundo, así interior como exterior, cambiase de forma y estallase cada una de sus coyunturas. ¿Qué sucederia si debiese caer hecho pedazos? La sola idea le volvia loco y dudaba de su identidad. La luz del cielo habia alterado su color. Por último, la firme tierra que pisaba no era una realidad sólida, sino una frágil concha que cubria. . . . ¿el qué?

La pesadilla se desvaneció y respiró nuevamente. ¿Qué extraño sueño! El sol y el cansancio le habian causado vértigos y se habia olvidado de cuanto le rodeaba.

Fatigado con el trabajo, y mas aún con

el pensamiento, volvió aquella tarde, deseando y temiendo á un tiempo que el patriarca le permitiese hablar á Hipatia. Casi esperaba á ratos que Cirilo le considerase demasiado débil para ello; y en el momento siguiente, todo su orgullo y atrevimiento, por no decir su fé y su esperanza, le excitaban á ir. ¡Si pudiese á lo menos arrostrar la presencia de la terrible encantadora y censurarla en su cara! ¡Pero era tan amable, tan noble su aspecto! ¡Cómo hablarla en tono que no fuese de blando consejo, de piedad, de súplica? ¡No le sería posible convertirla.... salvarla? ¡Pensamiento glorioso! ¡Conquistar semejante alma para la verdadera fé! ¡Ser capaz de mostrar, como primer fruto de su mision, al mas ilustre adalid del paganismo! Valia la pena de haber vivido para conseguir esto, despues de lo cual no importaba morir.

El palacio arzobispal, cuando Filemon entró en él, se hallaba en un estado de fermentacion mayor que el que tenia de costumbre. Grupos de frailes, clérigos, parabolanos y vecinos ricos y pobres, ocupaban el patio y discurrían agitadamente; y una multitud de mon-

ges recién llegados de Nitria, con el cabello y la barba descompuestos, las facciones descarnadas á consecuencia del continuo ayuno, y envueltos de la cabeza hasta los piés en sus largos hábitos, estaban gesticulando violentamente y excitaban con palabras destempladas á sus compañeros mas pacíficos á vengar algun insulto inferido á la Iglesia.

—¿De qué se trata? preguntó Filemon á un vecino de porte magestuoso, que estaba mirando, con rostro perplejo, hácia las ventanas de las habitaciones del patriarca.

—No me preguntes, pues es cosa que no me interesa. ¿Por qué su santidad no sale y les habla? ¡Santísima Virgen, Madre de Dios, haz que salgamos bien de todo esto!

—¡Cobarde! gritó un monge á su oído. Estos mercaderes no se cuidan mas que de sus tiendas. Mejor que perder un dia de despacho, quisieran ver las iglesias saqueadas por los paganos.

—¡No los necesitamos! exclamó otro. Nosotros manejamos á Diógenes y su hermano, y podemos manejar á Orestes. Evie la respuesta que le acomode; de todos modos el diablo tendrá su presa.

—Hace dos horas que debieran haber vuelto; sin duda no estarán ya vivos.

—El no se habrá atrevido á tocar al arcediano.

—A todo es capaz de atreverse. Cirilo no ha hecho bien en enviarlos como ovejas entre lobos. ¿Qué necesidad habia de decir al prefecto que los judíos se habian marchado? Demasiado pronto lo hubiera sabido por sí mismo en el momento que necesitase pedir prestado dinero.

—¿Qué es lo que sucede? preguntó Filemon á Pedro, que se presentó á la sazón en el cuadrángulo, recorriéndolo á paso largo, y al parecer, fuera de sí de rabia.

—¡Ah! ¿Tú aquí? ¡Bien puedes irte hasta mañana, necio! El patriarca no está en disposicion de hablar ahora contigo. ¿Por qué habria de hacerlo? Hay gentes que han formado de sí mismas tal opinion, que.... Vamos, bien puedes irte. Si no has perdido el juicio, vete y vuelve mañana. ¡Verémos si el que se eleva á sí propio no es abatido antes que todo concluya!

E iba á salir, cuando Filemon, sin temer su cólera, le detuvo.

—Su santidad me ordenó le viese antes de....

Pedro se volvió á él lleno de furia.

—¡Loco! ¿Te atreverías á presentarte á él con tus fantásticos sueños en momentos como estos?

—El me ordenó que le viese, dijo Filemon con la disciplina verdaderamente militar de un monge, y le veré, á pesar de todo el mundo. El corazon me anuncia que tú deseas privarme de sus consejos y de su bendicion.

Pedro le miró un instante con maligna expresion; y en seguida, sin que el jóven lo esperase, le dió un bofetón y gritó pidiendo auxilio.

Si el golpe se lo hubiese dado Pambo en los Lauros una semana antes, Filemon lo hubiera llevado con paciencia; pero dándoselo aquel hombre, y sin aguardarlo, como la coronacion de su desaliento y disgusto, le era intolerable. Así, en un instante, las largas piernas de Pedro estaban tendidas en el suelo, mientras él bramaba como un toro, llamando en su socorro á todos los monjes de Nitria.

Una docena de manos descarnadas y

morenas estaban asidas del cuello de Filemon cuando se levantó Pedro.

—¡Cogedle, cogedle! gritaba éste. ¡Es un traidor! ¡Un herege! ¡Está de acuerdo con los paganos!

—¡Al suelo con él! ¡Echadle de aquí! ¡Llevalle al arzobispo!

Entretanto Filemon consiguió librarse de ellos, y Pedro volvió á la carga.

—¡Atestiguo con todos los buenos cristianos! ¡Me ha molido á golpes en el patio de la casa del Señor, en medio de tí, oh Jerusalem! ¡Y estuvo en el salon de lecciones de Hipatia esta mañana!

Levantose un grito de piadoso horror. Filemon apoyó su espalda contra la pared.

—¡Su santidad el patriarca me envió!

—¡Confiesa, confiesa! ¡Engañó la piedad del patriarca para que le dejase ir, so pretexto de convertirla; y ahora mismo quiere penetrar hasta Cirilo, excitado únicamente por el deseo carnal de ver á la hechicera en su casa mañana!

—¡Escándalo! ¡Abominacion! Y todos embistieron al pobre jóven.

Subiósele la sangre á la cabeza. La parte respetable de la multitud, como

acontece en tales casos, se retiró prudentemente y dejó á Filemon á merced de los mas turbulentos, no queriendo dañar su reputacion de ortodoxia, ya que supongamos no se acordara de poner á salvo sus personas; y el jóven se defendió como pudo. Buscó con los ojos una arma, pero no habia ninguna.

—¡Permitidme salir de este patio! Dios sabe si soy herege, y á El apelo. El santo patriarca será informado de vuestra iniquidad. No os molestaré; os dejaré que me llameis herege, ó pagano, si os place, con tal de atravesar ese umbral, hasta que vuelva de orden de Cirilo y os cubra de vergüenza.

Dicho esto, se abrió paso hasta la puerta, en medio de las burlas de la multitud, que hacian agolpar toda su sangre á las mejillas. Por dos veces al atravesar el pasaje embovedado le acometieron; pero los mas moderados entre sus perseguidores, sirvieron de freno á los demas. Sin embargo, Filemon, á fuer de jóven exaltado, no pudo dejarlos sin dirigirles por despedida algunas palabras; y ya en el umbral, se volvió á ellos y les dijo:

—Vosotros que os llamais los discí-

pulos del Señor, y os pareceis mas bien á los endemoniados que habitan dia y noche en las tumbas, gritando y cortándose con piedras. . . .

En un instante se vió acometido por todos, y afortunadamente para él, fué á parar en medio de una partida de eclesiásticos, que venian precipitadamente de la calle, con los rostros palidos de terror.

—¡Se ha negado! exclamó el que iba delante. ¡Ha declarado la guerra á la Iglesia de Dios!

—¡Oh, amigos míos! dijo el arcediano, nos hemos librado como el pájaro de la red que le tiende el cazador. El tirano nos tuvo dos horas aguardando á las puertas de su palacio, y despues envió liectores contra nosotros con varas y hachas, diciendo que era el único mensaje que enviaba á los autores de motines.

—¡Al patriarca! ¡Vamos á ver al patriarca!

Y la multitud entró de nuevo en el patio, dejando á Filemon solo en la calle. . . . y en el mundo.

¿A dónde iria ahora?

En su furia anduvo unas ciento ó mas

varas antes de hacerse á sí mismo esta pregunta; y cuando llegó el caso de dirigirsela, no se encontró dispuesto á responder á ella. Caminó á la ventura, como si fuese lanzado del puerto en medio de un mar sin orilla, ceñido de tinieblas: el cielo y la tierra no eran nada para él. Estaba solo en la ceguedad de su ira.

Gradualmente una idea fija, como un fanal, empezó á brillar al través de su tormenta. . . . Ver á Hipatia y convertirla. Tenia para ello la licencia del patriarca. Esto le justificaría y le proporcionaría un triunfo mas glorioso que el de ningun César, en el cual llevaría cautiva, en las cadenas del Evangelio, á la reina del paganismo. Le quedaba esto para hacerle grata la vida.

Su cólera fué calmándose á medida que anduvo arriba y abajo á la débil luz del crepúsculo de la tarde, hasta que por último perdió enteramente el camino. ¿Qué le importaba? Al dia siguiente encontraría á lo menos el salon de lecciones. Llegó por fin á una calle ancha, que le pareció conocer. ¿Era la puerta del Sol aquella que se veía á lo léjos? Filemon corrió indiferentemente hácia

ella, y se halló al cabo en la grande esplanada, donde le habia engañado el porterillo tres dias antes. Estaba, pues, cerca del Museo y de la casa de Hipatia. El destino le habia conducido, sin él saberlo, al teatro de su empresa. Era un buen presagio; y Filemon hubiera querido dirigirse allí desde luego, pues lo mismo dormiria en la grada de la puerta de Hipatia que en otra cualquiera, y lograría quizá ver á la filósofa, á pesar de lo tarde de la hora, saliendo ó entrando. Por otra parte, debia convenirle acostumbrarse á su vista, para no sentirse confuso al dia siguiente delante de aquella hechicera. Además, si hemos de decir la verdad, su independencia y su libre albedrio, subyugados, ó mas bien adormidos por la disciplina de los Lauros, habian empezado á vivir con una vida salvaje, y le producian un misterioso placer, que no habia experimentado sino desde que era un niño desobediente, y que consistia en hacer lo que le acomodase, bueno ó malo, simplemente por ser su gusto. Toda criatura dotada de libre albedrio, tiene momentos semejantes. ¡Dichosos aquellos que no han carecido, como el po-

bre Filemon, de la educacion necesaria para saber contrarestarlos! Pero él debia aprender aún, mejor dicho, sus tutores debian convencerse de que la senda mas segura para llegar el hombre á obedecer voluntariamente y á refrenar con energía sus pasiones, no es la esclavitud, sino la libertad.

El no estaba cierto de cuál era la casa de Hipatia; pero en cuanto á la puerta del Museo, no le cabia la menor duda. Así, se sentó al pié de la pared del jardin, influyendo en él de un modo benéfico la fresca noche, el augusto silencio y el rico perfume de mil flores exóticas que llenaban el aire con su balsamo. Allí sentado, esperó en vano entrever el único objeto que ocupaba su imaginacion. ¿Cuál de aquellas casas era la suya? ¿Cuál era la ventana de su habitacion? ¿Daba á la calle? ¿Qué tenia que hacer la fantasía de Filemon con habitaciones de mugeres? . . . Sin embargo, no podia menos de fijar la vista en una ventana abierta, que dejaba ver dentro una lámpara encendida, y su imaginacion se entregaba á una porcion de conjeturas y esperanzas. Hasta dió algunos pasos mas para ver mejor el in-

terior brillante de aquel aposento. A pesar de su altura, logró distinguir estantes de libros y cuadros en las paredes. ¿Era su voz la que acababa de oír? ¡Sil... una voz de muger, leyendo versos, se percibía claramente en el silencio de la noche, tan profundo, que ni siquiera se oían mover las hojas de los árboles. Filemon quedó como clavado allí por la curiosidad.

De repente cesó la voz, y la figura de una muger se aproximó á la ventana, donde permaneció inmóvil mirando al cielo estrellado y aspirando, al parecer, la gloria, el silencio, el rico perfume.... ¿Sería ella? Filemon sentía precipitarse las pulsaciones de todo su cuerpo.... ¿Sería Hipatia? ¿Qué estaba haciendo? No podía distinguir sus facciones; pero el resplandor de una brillante luna oriental le mostraba una frente dirigida hácia arriba, en medio de doradas trenzas que ocultaban todo su rostro, excepto las blancas manos cruzadas sobre su seno.... ¿Estaba orando? ¿Eran aquellas sus brujerías de la media noche?

Y su corazón palpité cada vez con mas fuerza, hasta casi imaginar que ella pudiese sus latidos oír.... La descono-

cida seguía inmóvil, con los ojos fijos en el cielo, semejante á una estatua de marfil y oro. Y detrás, en lo interior de la habitación, se veían pinturas, libros, un mundo entero de ciencia y hermosura desconocidos.... Y ella, la sacerdotisa de aquel templo, le convidaba á imitarla y á ser sabio. ¿Era una tentación? Quiso huir de allí... ¡Locura! ¿Acaso tenía seguridad de que fuese Hipatia?

De repente hizo un movimiento. Ella miró hácia abajo, le vió, y desapareció cerrando la ventana. En vano, ya que la aparición se había desvanecido, Filemon volvió á sentarse, y aguardó que reapareciese, casi maldiciendo haber deshecho el encanto. La ventana no volvió á abrirse, el jóven, fatigado, se encontró al poco tiempo caminando en sueños hácia los Lauros, bajo el influjo de una balsámica noche semitropical.